

trios de las armas, parte por resultado de la gran fama y reputacion de su valeroso príncipe.

Zaragoza se hallaba ya cercada en este mismo año de 1116, con cuya noticia el emperador de los Almoravides, Alí, envió desde Granada en su socorro un crecido número de tropas de caballería al mando de Abu Mohamed Abdallah, que obligaron á Alfonso á levantar el cerco. Pero sucedió que desconfiando el rey de Zaragoza, Amad-Dola, del caudillo de los Almoravides, se salió de la ciudad con su familia y tomó el partido de ofrecer á los cristianos su alianza y amistad contra los moros de Africa. Gran arrimo fué este para el rey de Aragón. Disgustados los zaragozanos con esta alianza llamaron al walí de Valéncia, Temim, hermano de Alí, y toda la comarca se declaró por los Almoravides. Las tropas africanas de Andalucía vinieron en socorro de la siempre amenazada Zaragoza: mandábalas el valiente Temim, y llevaba consigo los mejores gefes almoravides y lamtunas: inútil fué toda esta afluencia de guerreros mahometanos; Alfonso los fué derrotando en multitud de batallas, que fuera largo enumerar, y que justificaron bien el dictado de *Batallador* con que se le apellida. Engreido con estos triunfos, despreció ya Alfonso la alianza y amistad de Amad-Dola, y le exigió que le entregase la ciudad. Vióse Amad-Dola mas comprometido de lo que esperaba, y no sabiendo qué partido tomar, se decidió por fortificar y defender á Zaragoza.

Reunióse entonces toda la gente de armas de los cristianos, y en el mes de mayo de 1118 se puso en movimiento un numeroso ejército de francos y aragoneses, que fueron tomando á Almudevar, Sariñena, Gurrea y otros pueblos, y pasadas las riberas del Ebro y del Gállego avanzaron sobre Zaragoza. A los ocho dias eran ya dueños de las aldeas del contorno y aun de los arrabales que habia fuera de muros. Acudió el rey en el mismo mes de mayo con sus ricos-hombres y toda su gente de guerra, y comenzó á apretar el cerco con mayor actividad. Defendíanse los de dentro con desesperado brio; y como hubiese pasado el mes de junio sin poder rendir la plaza, desconfiados ya los franceses de poderla tomar, y por otra parte nada lisonjeados por el rey, segun ellos escriben, volvieron á Francia sin que el rey hiciera la menor demostracion de estorbárselo, quedando solo los condes y vizcondes. El aragonés perseveró con su gente en el cerco, estrechándole mas cada dia, y combatiendo la ciudad con máquinas y torres de madera. Faltáronles á los sitiados los víveres; perecian ya de hambre y cansábanse de esperar socorro, y como dice uno de sus historiadores, «ya no le aguardaban sino del cielo.» Alfonso les ofreció seguridad en sus vidas y haciendas, y que podrian morar libremente en la ciudad ó donde quisiesen; con cuyas condiciones entregaron la plaza, y entró en ella triunfante el *Batallador*, y se alojó en el palacio real que llamaban la

Azuda, junto á la puerta de Toledo. Muchos nobles musulimes pasaron á Valencia; Amad-Dola se retiró con toda su familia á la fortaleza de Rota 'l-Yuhud.

Así se recuperó para el cristiano la antigua y famosa César Augusta de los romanos, la ciudad de mas consideracion que conservaban ahora los sarracenos en el centro de España, y que habian poseido sin interrupcion cuatrocientos años cumplidos. Terrible golpe fué este para los musulmanes, tanto como de gloria y prez para el monarca cristiano de Aragon. El cual en remuneración al señalado esfuerzo y constancia que en esta empresa habia mostrado el conde Gaston de Bearne, le hizo merced de la parte de la ciudad que habitaban los mozárabes, que eran ciertos barrios de la parroquia de Santa María la Mayor, para que los tuviese en feudo de honor, y así se instituyó señor de la ciudad de Zaragoza, como era costumbre. Al conde de Alperche le dió otro barrio y parte de la ciudad que está entre la iglesia mayor y San Nicolás. A los pobladores y vecinos concedió grandes privilegios é inmunidades, entre ellos la exencion de tributos, declarándolos infanzones, y dotándolos de otras franquicias que explanaremos en otro lugar. La mezquita mayor fué convertida en basílica cristiana, y nombrado su primer obispo el venerable varon don Pedro Librana, á quien consagró el papa Gelasio II. <sup>(1)</sup>.

(1) Conde, cap. 25.—Zurita, cap. 44.

Ufano el rey don Alfonso con tan señalada conquista, y conociendo la importancia de aprovechar el desánimo y terror de los mahometanos, juntó de nuevo sus tropas, y dirigiéndose hácia el Moncayo tomó varios lugares de las riberas del Ebro; ganó á Tarazona, donde restableció su antigua silla episcopal; y Borja, Alagon, Malleg, Magallon, Epila y otros pueblos de aquella comarca, pasaron en aquella expedicion al dominio de las armas aragonesas. Encaminóse luego hácia Calatayud, ciudad importante por hacer frontera de los reinos de Aragon y Castilla. Rindióse tambien Calatayud á las triunfantes armas del rey Alfonso (1120), que dotó á sus nuevos pobladores de fueros y leyes para su gobierno, y fuéronse entregando Bubberca, Alhama, Ariza y otros muchos lugares de la comarca que riega el Jalon. Púsose despues sobre Daroca, lugar fortísimo entonces, y como la llave para el reino de Valencia y tierras de Cuenca y de Molina. El africano Temim, un tanto recobrado de sus anteriores derrotas, habia enviado contra Alfonso una florida hueste de infantería y caballería. Encontróse el ejército moro con el aragonés en un pueblo cerca de Daroca llamado Cutandá; trabóse allí una reñida pelea, en que los cristianos dejaron tendidos en el campo á veinte mil voluntarios musulimes, sin experimentar por su parte pérdida alguna: triunfo que por extraordinario nos pareciera increíble, si no hubiéramos tomado esta noticia de los mismos historia-

dores árabes. Murieron, dicen estos mismos, en esta terrible batalla Abu Bekr ben Alarí, el alfaquí Ahmed ben Ibrahim, y otros caudillos y personas de cuenta; el resto del ejército huyó desbaratado á Valencia <sup>(1)</sup>. El rey don Alfonso escogió un lugar en las fuentes del río Jiloca, que hizo poblar y fortificar, por ser sitio á propósito para enfrenar las correrías y cabalgadas de los moros de Valencia y Murcia, al que puso por nombre Monreal, y fué de gran servicio para la defensa y conservacion de sus dominios por aquella parte.

El genio emprendedor de Alfonso no se satisfacía con ir dando tan buena cuenta del emirato de Zaragoza, ni se contentaba con ensanchar sus estados por las fronteras de Valencia y de Castilla. En 1122 viósele atravesar el Pirineo y penetrar en la Gascuña francesa, sin que las memorias antiguas nos expliquen la verdadera causa de esta expedicion extraordinaria: tal vez quisiera resucitar antiguas pretensiones de los reyes de Aragon á aquellos estados. Ello es que el conde Centullo de Bigorra, uno de los que se habian retirado del sitio de Zaragoza, presentósele á rendirle pleito-homenaje y á dárselo por vasallo, prometiéndole tener en su nombre aquel país, y cuanto en adelante pudiese conquistar. Entonces el rey de Ara-

(1) Zurita y los historiadores modernos de Aragon ponen equivocadamente la victoria de Cuitanda en el mismo año de la conquista de Zaragoza. Los Anales Toledanos concuerdan con el historiador árabe.

gon quiso pagar, ó su humillacion ó su generosidad, haciéndole merced de la villa de Roda á las riberas del Jalon, de la mitad de Tarazona con su término, de Santa María de Albarracin con su territorio, cuando la ganase de los moros, con otras rentas y heredamientos cuanto bastase para el mantenimiento de doscientos caballeros que habian de servir en la guerra, con dos mil sueldos además de moneda jaquesa en cada un año. Ya antes hemos visto empleado por el rey don Alfonso este mismo sistema de recompensas, que llamaremos honores ó feudos, especialmente con los condes francos que ó le rendian vasallage ó le auxiliaban en la guerra.

Infatigable don Alfonso, y no pudiendo tener ociosa su espada, todos los países hallaba buenos para guerrear contra los infieles. Así de vuelta de su expedicion á Gascuña entró talando y destruyendo las vegas y campos que los moros tenian á las riberas del Segre y del Cinca. Ganó á orillas de este último rio el pueblo y castillo de Alcoléa, cuyo señorío dió á uno de sus ricos-hombres por servicios que le habia prestado; batió despues en muchos reencuentros á los moros de Lérida y Fraga; entróse por el reino de Valencia, quemando campiñas y demoliendo las fortalezas y lugares que querian defenderse; avanzó de la otra parte del Júcar; taló la vega de Denia; prosiguió por el reino de Murcia camino de Almería, y asentó sus reales sobre Alcaráz al pie de una mon-

taña. Pero no se detiene aquí el torrente. Los mozárabes de Andalucía, noticiosos de las proezas del aragonés, han reclamado secretamente su socorro, y excitándole á que invada el territorio andaluz, ofreciéndole incorporarse á sus banderas. Espéranle como al gran libertador de los cristianos, y Alfonso avanza intrépidamente con una hueste de escogidos guerreros, y el estandarte de Aragon se ve ondear en la fértil vega de Granada y en las risueñas márgenes del Genil (1125). Acude la poblacion mozárabe á engrosar las filas de sus hermanos; tiemblan los musulmanes granadinos, á quienes gobernaba entonces Temim, el hermano del emperador, y rezan la *azala del miedo* (1). Amenaza la hueste cristiana á la ciudad, pero las nieves y las lluvias vienen á contrariar los esfuerzos de Alfonso, que por espacio de diez y siete dias que tiene que luchar contra los elementos mas que contra los enemigos; al cabo de los cuales se decide á levantar el campo y se pone en marcha, no en retirada hácia Aragon, sino avanzando hácia el mar. Franquea audazmente los difíciles pasos de la Alpujarra, cubiertos de nieve, llega á Motril, descubre la bella y templada campiña de Velez Málaga, gana la playa de aquel mar que tanto ansiaba ver, y tomando una barquilla penetra en aquellas

(1) La oracion que rezaban en los trances apurados, abreviando las postraciones y ceremonias, y asistiendo á las mezquitas con armas. Conde, c. 29.

olas que bañan las dos costas española y africana (1).

Satisfecho con haberse dado este placer, retrocede casi por los mismos paises, atraviesa hondos valles y empinados riscos; desde las cumbres de Sierra Nevada dirige una mirada hácia las lejanas costas del continente africano, desenvuélvese á costa de mil dificultades de los embarazos que á su marcha oponen, ya las nieves, ya las bandadas de musulmanes que por todas partes le cercan y acosan; á la ida y á la vuelta no han cesado de molestarle los sarracenos; algunos valientes ha perdido, la fatiga y los combates han diezmado sus filas, pero él ha logrado triunfar hasta de once régulos mahometanos, y por último, despues de mil riesgos y cualidades logra el audáz aragonés volver á las tierras de sus dominios, seguidó de mas de diez mil mozárabes andaluces á quienes proporciona una nueva patria, y con indecible contento de los cristianos aragoneses que con razon temblaban por la suerte de sus hermanos y por la vida de su rey (1126).

Tal fué la famosa y arriesgada expedicion de Alfonso el Batallador, una de las mas atrevidas de que hacen mencion las historias, y que si no dió por fruto ninguna ocupacion sólida de ciudades y territorios enemigos, fué de un efecto moral inmenso, descon-

(1) Al decir de los árabes de Conde, cogió por sí mismo un pescado, ó por cumplir un voto que hubiese hecho para cuando llegase á aquella playa, ó por el orgullo de contarle en Zaragoza.

certó á los infieles, hízoles ver á dónde llegaba el valor y la intrepidez de un monarca cristiano, libertó millares de familias mozárabes y dejó sembrada la desconfianza entre los infieles y los cristianos que antes les habian estado sumisos. Lo peor fué para los que tuvieron la desgracia de no poder seguir sus banderas, pues recelosos ya los musulmanes, y con el fin de prevenir nuevas defecciones, tomaron la dura medida de trasportar multitud de mozárabes andaluces al suelo africano, donde los mas murieron víctimas de la miseria y de los malos tratamientos <sup>(4)</sup>.

La muerte de la reina doña Urraca de Castilla, acaecida en 1126, y la proclamacion solemne de su hijo don Alfonso Raimundez en Leon bajo el nombre de Alfonso VII., convirtió de nuevo la atencion y las miras del monarca aragonés hácia aquella Castilla en otro tiempo por él tan codiciada, y á lo que parece no olvidada nunca. Pero la posicion de este reino variaba de todo punto con la elevacion del hijo de doña Urraca. Al desconcepto en que la veleidad y la poco asentada conducta de la madre la habian colocado, sustituia el universal contentamiento y beneplácito con que los magnates castellanos y los nobles leoneses recibian y aclamaban al hijo, iris de paz y anuncio de

(4) Los pormenores de esta famosa algará del Batallador se hallan en el cap. 29, part. III. de Conde. Las crónicas cristianas no hablan de ella: Zurita la menciona, aunque con circunstancias algo diferentes de las de los árabes de Conde. Algunos la confunden con la que poco mas adelante hizo Alfonso VII. de Castilla á otro punto de Andalucía.

sosiego despues de tantas y tan deshechas borrascas. Las ciudades y plazas en que se conservaban guarniciones aragonesas iban sometiéndose al nuevo soberano, ó eran expulsados por los habitantes mismos de las poblaciones. Mas no era el Batallador hombre que consintiera verse impúnemente despojado de lo que todavía pretendia pertenecerle. Ambos Alfonsos estaban resueltos á sostener lo que cada cual llamaba sus derechos; el de Castilla con el ímpetu y ardor de un jóven ávido de gloria y convencido de asistirle la justicia; el de Aragon con la confianza y el orgullo de un conquistador avezado á las lides y á las victorias, y prevalido del ascendiente que creia darle la edad y los títulos de antiguo esposo de la madre del castellano: ambos juntaron y prepararon sus huestes; el de Aragon, fué el primero que rompió por tierras de Castilla avanzado hasta el valle de Támara (4 leguas de Palencia). Encontráronse alli los dos ejércitos; mas afortunadamente cuando amenazaban á Castilla nuevos males y estragos, cualquiera que hubiese sido el vencedor, ni el de Aragon se atrevió á atacar, ni el conde de Lara que guiaba la vanguardia del de Castilla mostró deseo de pelear con los aragoneses (que no era el de Lara afecto á su nuevo soberano), y como interviniesen ademas los prelados de ambos reinos en favor de la paz, concertóse esta dejando al aragonés regresar libremente á sus estados, y obligándose á entregar en un plazo da-

do las plazas que aun conservaba en Castilla (1127).

Ni el Batallador se mostró escrupuloso en el cumplimiento de las condiciones de la paz, ni dejó por eso de devastar el pais castellano que atravesó, y la paz de Támara fué mas bien una mal observada tregua, puesto que á los dos años volvió otra vez el aragonés á inquietar la Castilla poniéndose con su ejército sobre la fortaleza de Moron. Acudió presurosamente el hijo de doña Urraca á la cabeza de todos sus vasallos, á escepcion de los Laras que rehusaron ya seguirle, y halláronse otra vez castellanos y aragoneses cerca de Almazan prontos á combatirse. Pero otra vez mediaron los preladós, y tampoco fueron infructuosas sus pacíficas amonestaciones y consejos. El de Aragon quiso que se guardára consideracion á su edad, y que la propuesta de concordia partiera del de Castilla como mas jóven y como entenado suyo que habia sido. Condescendió el castellano con un deseo que le pareció justo, y entonces el aragonés mostróse generoso diciendo: «Gracias á Dios que ha inspirado tal pensamiento á mi hijo: si hubiera obrado asi antes, no me habria tenido por enemigo: ahora ya no quiero conservar nada de lo que le pertenece.» Y ordenando que le fueran restituidas las fortalezas que aun retenia en Castilla (1129), retiróse á Aragon, «y nunca mas entró en Castilla, dice el cronista obispo de Pamplona, si bien por eso no faltaron guerras y muertes entre castellanos y aragoneses, que por mu-

«chos años se hicieron todo el mal y daño que pudieron como crueles enemigos (1).»

El Batallador, cuyo genio activo no podia sufrir el reposo, sin dejar de atender al gobierno de su reino ocupóse tambien en acabar de sujetar las comarcas de Molina y Cuenca. Con esto y con haber dado á poblar á los condes y auxiliares franceses un barrio de Pamplona concediéndoles los mismos fueros que á los moradores de Jaca, juntó de nuevo sus tropas en Navarra, franqueó otra vez los Pirineos, y puso sitio á Bayona (2), no sabemos con qué título. Acaso le movieron á esta nueva empresa agravios que el conde de Bigorra y otros sus aliados hubieran recibido del duque de Aquitania. Ello es que consiguió enseñorearse de Bayona (1131). Mas como la ausencia del centro de su reino realentára á los mahometanos de Lérida, Tortosa y Valencia, causando algunos descalabros á los aragoneses, apresuróse Alfonso á repasar el Pirineo, y otra vez los escudos de Aragon volvieron á reflejar en las aguas del Ebro, del Cinca y del Segre. Mequinenza, importante fortaleza mahometana situada en los confines de Cataluña, se rindió al Batallador en junio de 1133. Los estandartes aragoneses fueron luego paseados por las riberas de aquellos rios, y por último acometió don Alfonso la difícil empresa de

(1) Sandov. Cron. de Alfonso VI.—Son, sin embargo, inexactas las fechas que da á estos sucesos.—Aun es mas manifiesto el error de Mariana, que pone esta paz en 1122.

(2) No á Burdeos, como dice erradamente el inglés Dunham.

apoderarse de Fraga, fuerte por su natural posición, en estrecho lugar colocada en un recuesto de tan angosta subida que muy pocos bastaban á defenderla. cuanto mas que todo aquello lo tenían los moros grandemente fortificado. Asi fué que por dos veces se vió obligado don Alfonso á levantar sus réales. Pero esta misma resistencia y dificultad le empeñaba mas y mas y comprometia á no cejar en su empresa, y juró por las santas reliquias no desistir hasta no verla coronada con buen éxito. Asegúrase que ya los sitiados se allanaban á rendirse por capitulación, y que el aragonés desechó con indignación su oferta, agriado con la anterior tenacidad de los moros. Entonces estos se prepararon á hacer un esfuerzo desesperado, y llamando en su ayuda con instancia á Aben Ganya, walí de Lérida, y acudiendo este caudillo con un refuerzo de diez mil Almoravides que acababa de recibir de Africa, trabóse un recio y fiero combate, en que los cristianos fueron atropellados y rotos, sufriendo tal mortandad, que millares de aragoneses quedaron tendidos en las llanuras. Allí pereció tambien el heróico monarca, Alfonso el Batallador <sup>(4)</sup>, con otros valientes nobles aragoneses y francos, entre ellos los hijos del de Bearne, Centullo de Bi-

(4) En esto convienen los Anales Toledanos, el Anónimo de Ripoll y el arzobispo don Rodrigo con los historiadores árabes. Zurita, Traggia y otros cuentan con alguna variación la muerte de Alfonso I. La que nosotros hallamos mas confirmada es la que hemos consignado. Convenimos en esto con el moderno historiador de Aragon, el Sr. Foz, tom. I. p. 263.

gorra, los obispos de Rosas y Jaca y muchos otros señores principales. Fué esta desgraciada batalla en julio de 1134. «El famoso dia de Fraga, dicen los escritores árabes, no le olvidarán nunca los cristianos.»

Asi acabó el conquistador de Tudela, de Zaragoza, de Tarazona, de Calatayud, de Daroca, de Bayona, de Mequinenza, y de mil plazas y ciudades; el vencedor de cien batallas, la gloria de Aragon, y el terror de los moros. Don Alfonso I. de Aragon fué un rey cual convenia en aquellos tiempos, batallador, activo, incansable; jamás hizo alianza, ni transigió con los infieles.

Réstanos dar noticia del extraño é inconcebible testamento de este príncipe, que tanto hizo cambiar la situación no solo de Aragon sino de toda España. Hallándose este monarca en octubre de 1134 con su ejército sobre Bayona, y viéndose sin hijos que pudiesen sucederle en el reino, otorgó su célebre y ruidoso testamento que ratificó dos años despues en el fuerte de Sariñena. Despues de dejar multitud de ciudades, villas, lugares, castillos, términos y rentas á otras tantas iglesias y monasterios que señalaba, declaró herederos y sucesores de sus reinos y señorios por partes iguales al Santo Sepulcro, y á los caballeros del Templo y los Hospitalarios de Jerusalem, de tal manera que le sucediesen en todos sus derechos sobre sus súbditos y vasallos, prelados y eclesiásticos, ricos-hombres y caballeros, abades, canóni-

gos, monjes, militares y burgeses, hombres y mugeres, grandes y pequeños, ricos y pobres, con la misma ley y condicion que su padre, su hermano y él habian poseido el reino. «Doy tambien, añadia, á la milicia del Templo mi caballo y todas mis armas, y si Dios me diere á mí á Tortosa, sea para el hospital de Jerusalem..... De esta manera todo mi reino, toda mi tierra, cuanto poseo y heredé de mis antecesores y cuanto yo he adquirido y en lo sucesivo con el auxilio de Dios adquiriere y cuanto al presente doy y pudiere dar en adelante, todo sea para el Sepulcro de Cristo y el hospital de los pobres y el templo del Señor, para que lo tengan y posean por tres justas é iguales partes..... con la facultad de dar y quitar, etc. (1).»

Veremos mas adelante las novedades y alteraciones á que dió lugar este famoso y singular testamento.

(1) Archivo de la corona de Aragon, Reg. I. fol. 5.

## CAPITULO V.

### ALFONSO EL EMPERADOR EN CASTILLA:

RAMIRO EL MONJE EN ARAGON: GARCIA RAMIREZ EN NAVARRA.

De 1126 á 1137.

General aplauso con que fué aclamado Alfonso VII. de Castilla.—Vistas y tratos de su tia doña Teresa.—Sujeta algunos condes rebeldes.—Sus triunfos en Galicia y Portugal.—Ríndensele las plazas ocupadas por los aragoneses.—Pasa á su servicio el emir Safad-Dola.—Gloriosa incursion de Alfonso en Andalucía.—Eleccion de Ramiro el Monje en Aragon, y de Garcia Ramirez en Navarra: sepáranse otra vez estos dos reinos.—Entrada del castellano en Zaragoza.—Ríndenle homenaje los reyes de Aragon y de Navarra. El conde de Barcelona y los de Gascuña en Zaragoza.—Proclámase solemnemente Alfonso VII. emperador de España.—Diferencias entre aragoneses y navarros.—Tratado de Vadoluengo.—Preparativos de rompimiento.—Conducta de don Ramiro el Monje.—Célebre anécdota de la *Campaña de Huesca*.—Abdicacion de don Ramiro.—Desposa á su hija con el conde de Barcelona y le cede el reino.—Cataluña.—Ramon Berenguer III. el Grande.—Sus guerras con los moros.—Ensanches y agregaciones que recibe el condado.—Conquista de las Baleares.—Espedicion del conde á Génova y Pisa.—Sus alianzas con el de Aragon.—Profesa de Templario y muere.—Ramon Berenguer IV.—Establece el orden de Templarios en Cataluña.—Casa con la hija de Ramiro el Monje de Aragon.—Unense Aragon y Cataluña y forman un solo estado.

Ensánchase el ánimo del historiador como debió dilatarse el de los castellanos al pasar del calamitoso